

El Eco de Cartagena.

Año XXVI.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7393

Preios de suscripción.

CARTAGENA.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 5 id.—PROVINCIAS, tres meses, 2.50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11.25 id.
La suscripción empezará á contarse desde el 16 de cada mes.
Corresponsal en Paris para anuncios y reclamos, Mr. A. Lorotte, 51 bis rue Saint-Anne.

Números sueltos 15 céntimos.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letra de crédito. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicarlos si quiere, salvo el caso de obligación legal. No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.

ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

SABADO 3 DE JULIO 1886.

ECOS DE MADRID.

2 de Julio de 1886.

Aun hay mundo. Los creyentes en la sinistra profecía afirman que solo se trata de una pequeña prórroga. La verdad es, que si continúa el calor en progresión ascendente, no tardaremos mucho en liquidarnos, sin posibilidad de augurios de ninguna especie.

Madrid se esperece por todo el mundo pidiendo un poco de fresco, á cambio de unos cuantos puñados de oro. Los madrileños, siempre rumbosos y poco interesados, van huyendo del sol que más calienta.

La cuestión palpitante es la del verano... Ayer tarde fui á despedir á unos amigos á la estación del Norte, y me encontré hecha la revista de la semana sin más trabajo que trasladar á las cuartillas, los siguientes diálogos que sorprendí en el andén.

—¿Y cómo que no se va tanta gente?—
—Pues mira, segun el reloj de la estación, todavia faltan dos horas y media para que saiga el tren... ¿no se ha olvidado nada? ¿Llevas las llaves y el dinero y mis navajas de afeitarse...?

—Todo, hombre, todo.
—Y el gatito para Telesfora ¿lo mandaron al fin?
—Sí: en el saco de noche lo traigo.
—¡Pobre animalito! se vá á asfixiar; abre de en cuando en cuando para que respire... Mariguita ¿no es un tren lo que va por aquella vía?
—Sí.
—¿No será el nuestro?
—Pregúntalo.
—¿Si es de mercancías?
—¿Y cómo va gente asomada á las ventanillas?
—Son caballos.
—Como soy corta de vista, desde léjos hubiese asegurado que eran las vecinas del principal.
—Esto va para largo; sacaremos un poco de sálchichón, por que yo, con

para Santander, San Sebastian, La Granja, Ontaneda y...

—¿Y al fin donde ha ido?
—A ninguna parte... pues bueno anda él para moverse de su casa.
—¿Tiene muchos negocios?
—No señor, pero está completamente baldado.
—¿Si?
—Precisamente por eso va su mujer á tomar baños en Athama con unas amigas.

—¡Gracias á Dios que nos vemos en el andén!
—Yo creia que llegábamos tarde.
—Pues mira, segun el reloj de la estación, todavia faltan dos horas y media para que saiga el tren... ¿no se ha olvidado nada? ¿Llevas las llaves y el dinero y mis navajas de afeitarse...?

—Todo, hombre, todo.
—Y el gatito para Telesfora ¿lo mandaron al fin?
—Sí: en el saco de noche lo traigo.
—¡Pobre animalito! se vá á asfixiar; abre de en cuando en cuando para que respire... Mariguita ¿no es un tren lo que va por aquella vía?
—Sí.
—¿No será el nuestro?
—Pregúntalo.
—¿Si es de mercancías?
—¿Y cómo va gente asomada á las ventanillas?
—Son caballos.
—Como soy corta de vista, desde léjos hubiese asegurado que eran las vecinas del principal.
—Esto va para largo; sacaremos un poco de sálchichón, por que yo, con

las prisas, me he quedado hoy sin comer... dame la llave.

—¡Ay! ¡Mariguital
—¿Qué pasa? ¿alguna desgracia? ¿se ha muerto el gato?
—No, hija, desgraciadamente para todos lo que llevamos en la maleta de grandes señales de vida.
—Pobre amor mio!
—Aquí si que viene de molde aquello de, ¡ay amor, como me has puesto!

—Aver si conseguimos ir solitos los cuatro en este coche, como en familia.
—Cierra la portezuela y echa las cortinas.
—Ya dan la señal; me parece que conseguimos nuestro objeto.

—No te quites de la ventanilla. ¡Qué sono eres! ¡Ya le decia yo! Si con este chico no se puede ir á ninguna parte...
Ahora de fijo se va á colar aquí todo el mundo.
—¿Qué se te ofrece á V?
—No hay asiento?
—No, señora, todos están ocupados... ahora mismos acaban de bajar los viajeros.
—¿Quién fué á Sevilla, perdió su silla.
—¡Pero, mujer de Dios! ¿donde va V. á meterse con tanto talego y tanta cesta?

—Llevo toas las que me da la gana, mi dinero es tan bueno como el de los demás, y no crea V. que por que no lleve pamea no me sobra una onza para tirarla en lo que se me antoje.
—No sea V. imprudente.

—¡Y na más! Detó se asombran ustés, como si una no tuviera derecho á meterse en el coche que le parece y á llevar todos los líos que quiera. ¡Vaya con la señorial! Dios sabe los líos que V. llevará.

—Haga V. el favor de no insultar á nadie.
—Yo no insulto, digo lo que siento por que bono todos mis líos los llevo á la vista del público, no tengo por que callar, y en fin, me voy á buscar de coche, porque para líos malos y mal avenidos, buen viaje y cómodo en llegando... lo mejor de los coches no jugarlos; haga V. el favor de largarse de esta vía, como si fuera cuestion de vida.
—¡Vaya V. bendito sea Dios!

—¿Caballero; ¿lleva V. cargada su escopeta?
—No señora...
—Si se trata de V. ¿qué es el cañón mirata náica de su escopeta?
—No hay inconveniente.
—Diga V., ¿y cómo se le ha disparado á V. yendo en el tren?
—Cuando me iba á bajar si va descargada.

—Es que como el diablo las carga... ¿Y que lleva V. en esa cartera...?
—La pólvora.
—Virgen santa, ¡la pólvora! No habrá tiempo de bajarse una para meterse en otro coche.
—Ya no puede ser... empezamos á ponernos en movimiento; pero no tenga V. cuidado, la pólvora sin fuego es como mi corazón sin los ojos de V.